



*Belinda
Alexandra*

LUGARES PARA
ENAMORARTE

La gardenia blanca
de Shanghái



Secreto de hermanas

La lavanda silvestre
que iluminó París

Índice

PORTADA

LA GARDENIA BLANCA DE SHANGHÁI

DEDICATORIA

PRIMERA PARTE

1. HARBIN, CHINA
2. EL PARÍS DEL ESTE
3. EL TANGO
4. EL MOSCÚ-SHANGHÁI
5. ROSAS
6. RÉQUIEM
7. LA CAÍDA

SEGUNDA PARTE

8. LA ISLA
9. EL TIFÓN
10. PAÍSES DE ACOGIDA
11. AUSTRALIA
12. FLORES SILVESTRES
13. EL CAFÉ DE BETTY
14. ALTA SOCIEDAD
15. LA LLAVE

TERCERA PARTE

16. BONDI
17. IVÁN
18. LA CARTA
19. MILAGROS
20. MADRE

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

LA LAVANDA SILVESTRE QUE ILUMINÓ PARÍS

DEDICATORIA

PRIMERA PARTE

- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7
SEGUNDA PARTE
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
TERCERA PARTE
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
SECRETO DE HERMANAS
DEDICATORIA
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS

SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
AGRADECIMIENTOS
NOTA DE LA AUTORA
NOTA DE LA TRADUCTORA
ANIMALES
PLANTAS
NOTAS
CRÉDITOS

Para mi familia

PRIMERA PARTE



1

HARBIN, CHINA

Nosotros, los rusos, creemos que si un cuchillo se cae de la mesa, se aproxima la llegada de un visitante varón, y que un ave que entra volando en una habitación es la señal de la muerte inminente de alguien cercano. Sin embargo, ningún presagio de cuchillos tirados al suelo o de aves extrañadas me previno cuando ambos acontecimientos tuvieron lugar en 1945, cerca de mi decimotercer cumpleaños.

El general apareció el décimo día tras la muerte de mi padre. Mi madre y yo nos manteníamos ocupadas retirando las cortinas de seda negra que habían adornado los espejos y los cuadros durante los nueve días de luto. El recuerdo de mi madre aquel día nunca se me borrará de la memoria. Su piel marfil bordeada por mechones de cabello oscuro, los pendientes de perla en los lóbulos de las orejas y sus ardientes ojos color ámbar forman una nítida fotografía ante mí: mi madre, una viuda de treinta y tres años.

Recuerdo sus delgados dedos doblando la tela negra con una languidez que no era habitual en ella. Pero entonces, ambas estábamos profundamente conmocionadas por nuestra pérdida. Cuando mi padre se fue la mañana de su muerte, le brillaban los ojos mientras sus labios acariciaban mis mejillas con besos de despedida. No podía imaginarme que, la siguiente vez que lo viera, estaría dentro de un pesado ataúd de roble, con los ojos cerrados y el rostro encorado y distante a causa de la muerte. La parte inferior del

ataúd permanecía cerrada para ocultar sus piernas, mutiladas en el mortal accidente de coche.

La noche en la que se instaló el cuerpo de mi padre en el recibidor, con cirios blancos a ambos lados del ataúd, mi madre cerró con llave las puertas del garaje y les colocó una cadena con un candado. La observé desde la ventana de mi cuarto mientras caminaba arriba y abajo frente a la puerta del garaje y movía los labios como si estuviera conjurando un silencioso encantamiento. De vez en cuando, se detenía y se colocaba el pelo por detrás de las orejas, como si estuviera escuchando algo, pero después sacudía la cabeza y continuaba paseándose. A la mañana siguiente, salí sigilosamente para mirar la cadena y el candado. Comprendí lo que había hecho: cerrar con la misma firmeza las puertas del garaje con la que nosotras tendríamos que habernos asido a mi padre, de haber sabido que permitirle conducir bajo la copiosa lluvia significaría dejarle marchar para siempre.

En los días posteriores al accidente, nuestro dolor se difuminó a causa del flujo constante de visitas de nuestros amigos rusos y chinos. Llegaban y se iban cada hora, andando o en rickshaws,^[1] dejaban sus granjas vecinas o casas de la ciudad para llenar nuestro hogar con el aroma del pollo asado y el murmullo de las condolencias. Los que venían del campo acudían cargados de regalos, como pan y bollos, o flores silvestres que habían sobrevivido a las heladas tempranas de Harbin, mientras que los que venían de la ciudad traían marfil y seda; una manera educada de darnos dinero, ya que, sin mi padre, mi madre y yo nos enfrentaríamos a tiempos difíciles.

Luego celebramos el entierro. El sacerdote, de facciones surcadas y nudosas como un viejo árbol, trazó el signo de la cruz en el aire glacial antes de que clavarán la tapa del ataúd. Los rusos de anchas espaldas hundieron sus pa-

las en el suelo y arrojaron paladas de tierra congelada dentro de la tumba. Trabajaron duro con las mandíbulas apretadas y los ojos bajos, con el sudor resbalándoles por el rostro, ya fuera para mostrar respeto por mi padre o para ganarse la admiración de la joven viuda. Mientras tanto, nuestros vecinos chinos se mantenían a respetuosa distancia en el exterior de las puertas del cementerio, comprensivos, pero recelosos de la costumbre que teníamos de enterrar a nuestros seres queridos abandonándoles así a la merced de los elementos.

Más tarde, los asistentes al funeral volvieron a reunirse en nuestro hogar, una casa de madera que mi padre había construido con sus propias manos después de huir de Rusia y de la Revolución. En el velatorio, nos sentamos a tomar pasteles de sémola y té servido con un samovar. Originalmente, la casa era un chalé de tejado inclinado con las chimeneas sobresaliendo de los aleros, pero, después de casarse con mi madre, mi padre construyó seis habitaciones más y una segunda altura, que llenó de armarios lacados, sillas antiguas y tapices. Talló marcos ornamentales en las ventanas, levantó una gruesa chimenea y pintó las paredes de amarillo botón de oro, como el palacio de verano del zar. Los hombres como mi padre hacían de Harbin lo que era: una ciudad china llena de nobleza rusa expatriada. Gente que trataba de recrear el mundo que había perdido mediante esculturas de hielo y bailes de invierno.

Después de que nuestros invitados dijeran todo lo que se podía decir, seguí a mi madre hasta la puerta para verles marcharse. Mientras se ponían los abrigos y sombreros, me percaté de que mis patines de hielo estaban colgados en un perchero de la entrada principal. La cuchilla izquierda estaba suelta y me acordé de que mi padre había tratado de fijarla antes del invierno. La parálisis de los últimos días dio paso a un dolor tan agudo que me dañaba las costillas y me revolvía el estómago. Cerré los ojos con fuerza para luchar contra aquel dolor. Observé el cielo azul que se pre-

cipitaba sobre mí y un débil sol de invierno que relucía en el hielo. El recuerdo del año anterior volvió a mi mente. El río Songhua solidificado; el griterío alegre de los niños esforzándose por mantenerse de pie sobre sus patines; los jóvenes amantes deslizándose por parejas y los ancianos arrastrando los pies por el centro del río para buscar peces en las zonas donde la capa de hielo era más delgada.

Mi padre me subió a sus hombros; las cuchillas de sus patines arañaban la superficie por el peso añadido. El cielo se convirtió en un borrón aguamarina y blanco. La cabeza me daba vueltas de la risa.

—Bájame, papá —dije, sonriendo abiertamente a sus ojos azules—. Quiero mostrarte algo.

Me bajó, pero no me soltó hasta haberse asegurado de que yo era capaz de mantener el equilibrio. Busqué una zona despejada y patiné hasta ella, levantando una pierna del hielo y girando como una marioneta.

—¡*Harashó, harashó!* —exclamó mi padre aplaudiendo. Se restregó la mano enguantada por el rostro y me dedicó una sonrisa tan amplia que las líneas de expresión de su rostro parecieron cobrar vida. Mi padre era mucho mayor que mi madre, acabó sus estudios universitarios el año en que ella nació. Fue el más joven de los coroneles del Ejército Blanco y, de alguna manera, muchos años después, sus gestos seguían teniendo una mezcla de entusiasmo juvenil y de precisión militar.

Estiró los brazos y los abrió hacia mí para que patinara hasta donde él estaba, pero yo quería volver a exhibirme. Me impulsé aún más fuerte y comencé a girar, pero mi cuchilla tropezó contra un bache y el pie se me dobló. Mi cadera chocó contra el hielo y expulsé todo el aire que tenía en los pulmones.

Mi padre estaba junto a mí en un instante. Me cogió y patinó hacia la orilla del río conmigo en brazos. Me sentó en el tronco de un árbol caído y me pasó las manos sobre los hombros y las costillas antes de quitarme la bota rota.

—No hay fracturas —dijo, moviendo el pie entre las manos.

El aire era glacial y mi padre me frotó la piel para calentarla. Miré fijamente los mechones de pelo blanco que se mezclaban con su cabello color jengibre en la coronilla, y me mordí los labios. Las lágrimas de mis ojos no se debían al dolor, sino a la humillación de haberme puesto en ridículo. Mi padre apretó el dedo pulgar contra la zona hinchada del tobillo y yo me estremecí. Ya se estaba empezando a formar un moratón debido al golpe.

—Anya, eres como una gardenia blanca —me dijo sonriendo—. Bella y pura. Pero tenemos que tratarte con cuidado, porque te magullas con facilidad.

Apoyé la cabeza en su hombro, a punto de reír, pero llorando al mismo tiempo.

Una lágrima me salpicó la muñeca y resbaló hasta las baldosas de la entrada. Me sequé rápidamente la cara antes de que mi madre se diera la vuelta. Los invitados estaban saliendo, les saludamos con la mano una vez más y les dijimos «*Da svidaniya*» antes de apagar las luces. Mi madre cogió uno de los cirios funerarios del recibidor y nos dirigimos a la planta de arriba, guiadas por el suave resplandor. La llama tembló y noté la rapidez de la respiración de mi madre en la piel. Pero temía mirarla y contemplar su sufrimiento. Se me hacía tan duro soportar su dolor como el mío propio. Le di un beso de buenas noches en la puerta de su cuarto y me apresuré escaleras arriba hacia mi habitación, que estaba en el desván, para dejarme caer inmediatamente después en la cama y cubrirme la cabeza con la almohada, para que no me oyera sollozar. El hombre que había dicho que yo era una gardenia blanca, que me había llevado en sus hombros y me había hecho girar hasta que la cabeza me había dado vueltas de la risa, no volvería nunca más.

Una vez que la época de luto oficial hubo terminado, todo el mundo pareció dispersarse de nuevo en sus respectivas vidas cotidianas. Mi madre y yo nos quedamos desamparadas, dejadas a nuestra suerte para aprender a vivir de nuevo.

Tras doblar las telas y amontonarlas en el armario ropero, mi madre decidió que debíamos llevar flores al cerezo favorito de mi padre. Mientras me ayudaba con los cordones de las botas, escuchamos como ladraban nuestros perros *Sasha* y *Gogle*. Me apresuré a acercarme a la ventana, suponiendo que sería otro grupo de personas que venían a darnos el pésame, pero distinguí a dos soldados japoneses que esperaban junto a la verja. Uno era de mediana edad, y llevaba un sable colgado del cinturón y grandes botas de general. Su cara cuadrangular de expresión solemne estaba marcada por profundas arrugas, pero hizo ademán de sonreír con las comisuras de la boca cuando se fijó en los huskies que correteaban junto a la verja.

Desde una rendija en la puerta principal entreví como mi madre hablaba con los hombres: primero trató de hacerlo despacio en ruso y luego en chino. El soldado más joven parecía entender el chino con facilidad, mientras que el general dirigía la mirada hacia el patio y la casa, y solamente prestaba atención cuando su ayudante le traducía las respuestas de mi madre. Le estaban pidiendo algo y hacían reverencias al final de cada frase. Esta muestra de cortesía, que normalmente no se empleaba con los extranjeros que residían en China, parecía poner a mi madre aún más incómoda. Asentía con la cabeza, pero su miedo se delataba en que se le sonrojaba la piel alrededor del cuello, y le temblaban los dedos mientras retorcía y tiraba de los puños de sus mangas.

En los últimos meses, muchos rusos habían recibido visitas similares. El alto mando japonés y sus asistentes se habían ido trasladando a los hogares de la gente, en lugar de vivir en el cuartel del ejército. En parte, lo hacían para pro-

tegerles de los ataques aéreos de los aliados, pero también para sofocar cualquier movimiento de resistencia local de los rusos blancos convertidos a soviéticos, o bien, de los simpatizantes de los chinos. La única persona que conocíamos que los había rechazado era un amigo de mi padre, el profesor Akimov, que poseía un apartamento en Modogow. Desapareció una noche y nunca volvimos a oír de él. Sin embargo, ésta era la primera vez que se habían alejado tanto del centro de la ciudad.

El general murmuró algo a su ayudante, y cuando vi que mi madre tranquilizaba a los perros y abría la verja, me escabullí hacia el interior de la casa y me escondí bajo un sillón, presionando mi rostro contra las frías baldosas del recibidor. Primero entró mi madre y sostuvo la puerta para dejar paso al general. Él se limpió las botas antes de pasar al interior y colocó el sombrero en la mesa que estaba junto a mí. Escuché como mi madre lo conducía hacia el salón. Murmullaba frases en japonés como muestra de su aprobación y, aunque ella seguía intentando trabar una conversación elemental en ruso y chino, él no parecía entenderla. Me preguntaba por qué habría dejado a su ayudante junto a la verja. Mi madre y el general se dirigieron a la planta de arriba, y pude oír el crujido del suelo en la habitación desocupada y el sonido de los armarios abriéndose y cerrándose. Cuando regresaron, el general parecía complacido, pero la ansiedad de mi madre se había desplazado hasta sus pies: trasladaba el peso de uno a otro y golpeaba el suelo con el zapato. El general hizo una reverencia y murmuró «*Doomo arigatoo gozaimashita*». Gracias. Cuando recogió el sombrero, notó mi presencia. Sus ojos no eran como los del resto de los soldados japoneses que yo había visto hasta entonces. Eran grandes y saltones, y cuando los abrió mucho y me sonrió, las arrugas de su frente se comprimieron hacia el nacimiento del pelo, confiriéndole el aspecto de un enorme y simpático sapo.

Todos los domingos, mi madre, mi padre y yo nos reuníamos en casa de nuestros vecinos, Boris y Olga Pomerantsev, para comer *borscht* y pan de centeno. Eran una pareja de ancianos que se había dedicado toda la vida a vender los productos agrícolas que producía, pero los dos eran muy sociables y mostraban interés por mejorar sus conocimientos, por lo que a menudo invitaban a sus conocidos chinos a que se sumaran a nuestras reuniones. Hasta la invasión japonesa, dichas reuniones solían ser muy animadas, con música y lecturas de Pushkin, Tolstói y poetas chinos; sin embargo, a medida que la ocupación se volvió más represiva, la animación de estos encuentros fue atenuándose. Todos los ciudadanos chinos estaban bajo continua vigilancia, y cualquiera que abandonara la ciudad debía mostrar su documentación y bajarse de su automóvil o rickshaw para postrarse ante los guardias japoneses si quería seguir su camino. El señor y la señora Liu eran los únicos chinos que estaban dispuestos a hacerlo por un acontecimiento social diferente de un funeral o una boda.

En otra época, los Liu habían poseído una próspera industria, pero los japoneses ocuparon su fábrica de algodón, por lo que sobrevivían sólo gracias a que habían sido lo suficientemente prudentes como para no gastar todo lo que habían ganado.

El domingo siguiente a que terminara el luto por mi padre, mi madre esperó hasta después de la comida para hablarles a nuestros amigos sobre el general. Susurraba con voz entrecortada, mientras pasaba las manos por encima del mantel de encaje que Olga utilizaba para las ocasiones especiales y miraba de soslayo a la hermana del señor Liu, Ying-ying. La joven dormitaba en un sillón cerca de la puerta de la cocina, mientras respiraba pesadamente y un hilo de saliva le colgaba de la barbilla. Era poco común que el señor Liu trajera a su hermana en esas ocasiones, prefería dejarla al cuidado de sus hijas mayores siempre que él y su

mujer salían de casa. No obstante, parecía que la depresión de Ying-ying se estaba agravando: pasaba de estar indiferente durante días a sufrir repentinos arrebatos de llanto y a arañarse la piel de los brazos hasta sangrar. El señor Liu la había sedado con hierbas chinas y la había traído con él, porque no confiaba en que sus hijos pudieran hacer frente a la situación.

Mi madre nos habló escogiendo las palabras con cuidado, pero su ensayada tranquilidad no hizo más que empeorar la sensación de desazón de mi estómago. Nos explicó que el general iba a alquilar la habitación desocupada de nuestra casa. Subrayó la importancia de que su cuartel general estuviera en otro pueblo a cierta distancia, y de que pasaría la mayor parte del tiempo en él, de manera que no nos impondría su presencia constantemente. Nos explicó que habían acordado que ningún soldado o agregado militar podría visitar la casa.

—¡Lina! ¡No! —exclamó Olga—. ¡Precisamente esa gente!

El rostro de mi madre palideció.

—¿Cómo puedo rechazarle? Si lo hago, perderé la casa. Lo perderé todo. Tengo que pensar en Anya.

—Mejor no tener casa a vivir con esos monstruos —replicó Olga—. Anya y tú podéis venir a vivir aquí.

Boris apretó el hombro de mi madre con su mano de labrador, rosácea y callosa:

—Olga, Lina perderá mucho más que la casa si se niega.

Mi madre levantó la cabeza hacia los Liu, disculpándose con la mirada, y dijo:

—Mis amigos chinos no lo verán con buenos ojos.

La señora Liu bajó la vista, pero su marido dirigió la atención hacia su hermana, que se removía y farfullaba una serie de nombres mientras dormitaba. Eran siempre los mismos nombres, independientemente de que Ying-ying los gritara mientras la señora Liu y sus hijas la sujetaban en